LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. NUM. 13.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Tocado Siciliano.—Tocado de terciopelo. — Romance por Balbastre. — Guillermina Clauss.—Orla para chaquetas, vestidos de niños etc.—Capa para niño recien nacido.— Cinturon con faldetas.— La cruz del valle. — Calor de los corazones.—Una terrible prueba.—Carolina la bella.—La muerte y la Resurreccion.— Figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Tocado Siciliano.

Se compone de una ancha roseta de encage negro, de cintas de terciopelo negro, y de una rosa grande de color cereza; una especie de resorte de acero, de 34 centímetros de largo, cubierto de tafetan negro, sujeta la roseta en la parte anterior de la cabeza; á este resorte va unido un pedazo cuadrado de tul negro fuerte, de 9 centímetros y medio de largo y 7 de ancho, que sirve de base á la roseta de encage. Para hacer esta, se emplean 3 metros y 20 centímetros de encage negro, que tenga cinco centímetros de ancho, realzado por una tira de tul negro, cuyo ancho es de 2 centímetros y medio. Todo el encage se dispone en pliegues de 1 centímetro cada uno.

Se coloca este rizado en espiral sobre el pedazo de tul, de modo que forme una gran roseta de 18 centímetros de diámetro. Hácia el medio se replega la tira de tul; en diversos sitios se ponen entre los pliegues cabos de cinta de terciopelo negro del mismo ancho que el rizado formado por el encage plegado. —Esta cinta tiene 4 centímet. de ancho; el extremo de cada cabo se recorta en cinco festones. La rosa no se coloca exactamente en el centro de la roseta, sino un poco atrás. En uno de los lados se ponen, debajo de la rosa, dos bucles de cinta de terciopelo (4 centímetros de ancho) teniendo el uno 12 centímetros de largo y el otro 15. Debajo de la roseta, á cada lado del cuadro de tul, se coloca un pedazo de cinta de terciopelo de 1 metro y 60 centímetros de largo; esta cinta se dobla por su mitad, y los dos cabos juntos se fijan á 25 centímetros de distancia del sitio en que se cosieron debajo del cuadro de tul. A 44 centímetros de distancia de esta primera reunion, cada cinta forma dos bucles, el uno de 9 centímetros de largo, y el otro (inferior) de 13; estos bucles se traen hácia adelante sobre el corpiño, y se sujetan con una rosa semejante á la del tocado.

Tocado de terciopelo.

Se hace de terciopelo violeta, y se adorna con calceolarias de terciopelo blanco, salpicadas de puntitos violeta. Para ejecutar este tocado se prepara con tul fuerte doble un aro ovalado de 62 centímetros de circunferencia y 1 centímetro y medio de ancho; en este óvalo se coloca un alambre bastante fuerte, despues se le viste con una tira de terciopelo negro cortada al sesgo. Sobre la curva de delante se coloca un segundo semi-círculo (véase el dibujo en la página 100) preparado como el anterior, que tenga 26 centímetros de largo, y fijado por cada extremo al círculo principal; estos puntos de union se cubren con una drapería hecha de terciopelo cortado al sesgo. La guarnicion de delante se forma con 85 centímetros de cinta de terciopelo de 10 centímetros de ancho, que se dispone en dos lazos, terminados en cada estremo de la cinta por un cabo que cae hácia atrás; la cinta no se corta; el espacio que hay entre los lazos es de cinco centímetros y medio; se le cubre con una drapería de terciopelo cortado al sesgo, semejante á las que guarnecen los lados del tocado. Sobre esta drapería se ponen las

© Biblioteca Nacional de España

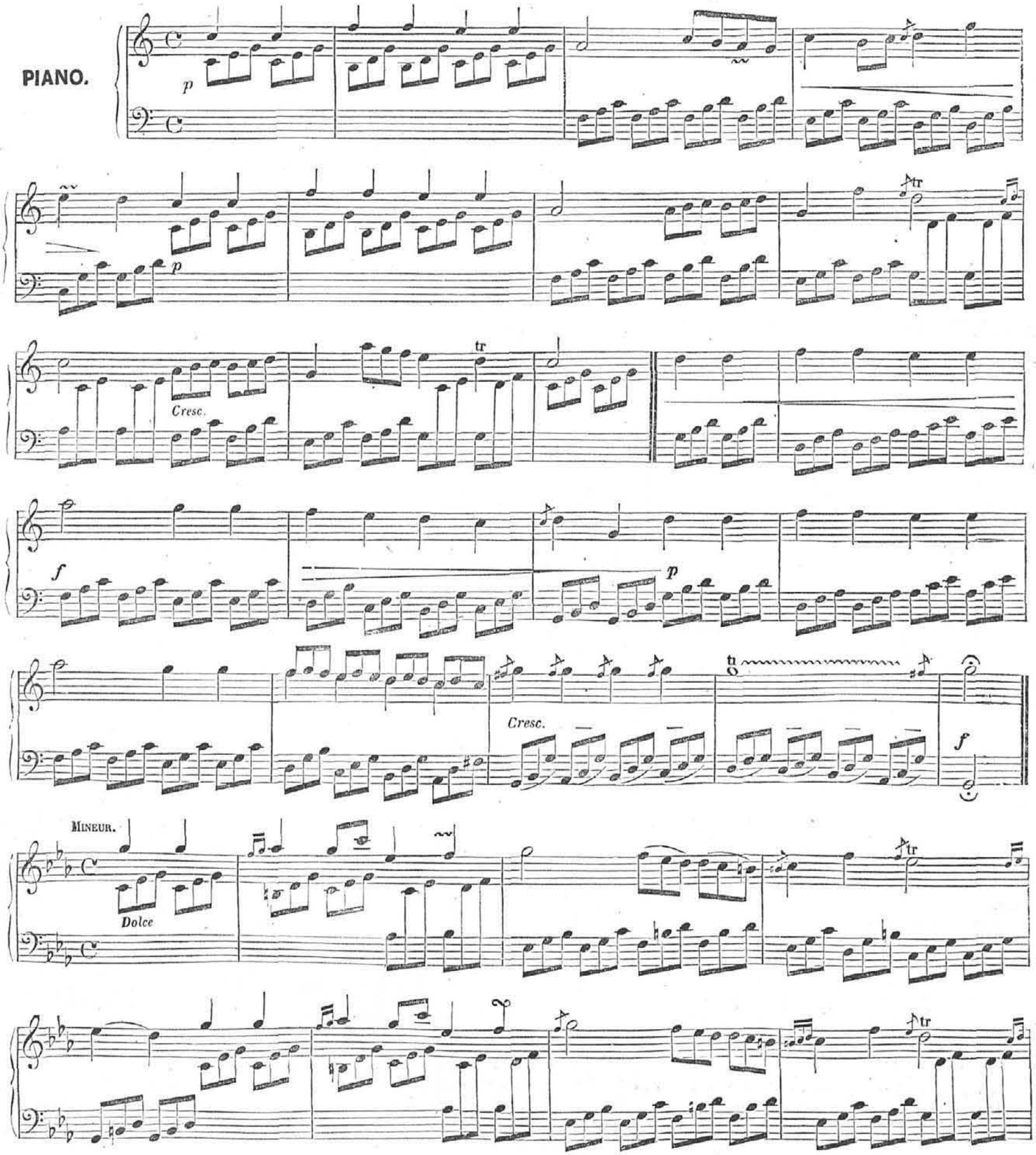
ROMANZA POR BALBASTRE.

(Nació en 1729 y murió en 1799.)

Este trozo está sacado de los programas de concierto de Mme. Szarvady.

Publicados en París en el establecimiento de M. J. Maho.

PIANO.



© Biblioteca Nacional de España

GUILLERMINA CLAUSS (Mme. SZARVADY).

NOTICIA BIOGRÁFICA.

La publicacion del trozo de música inserto en el presente número, dá un incontestable interés á los pormenores biográficos que conciernen á una mujer célebre en la historia del arte contemporaneo. Tomamos aquellos del diccionario de M. Bernsdorf.

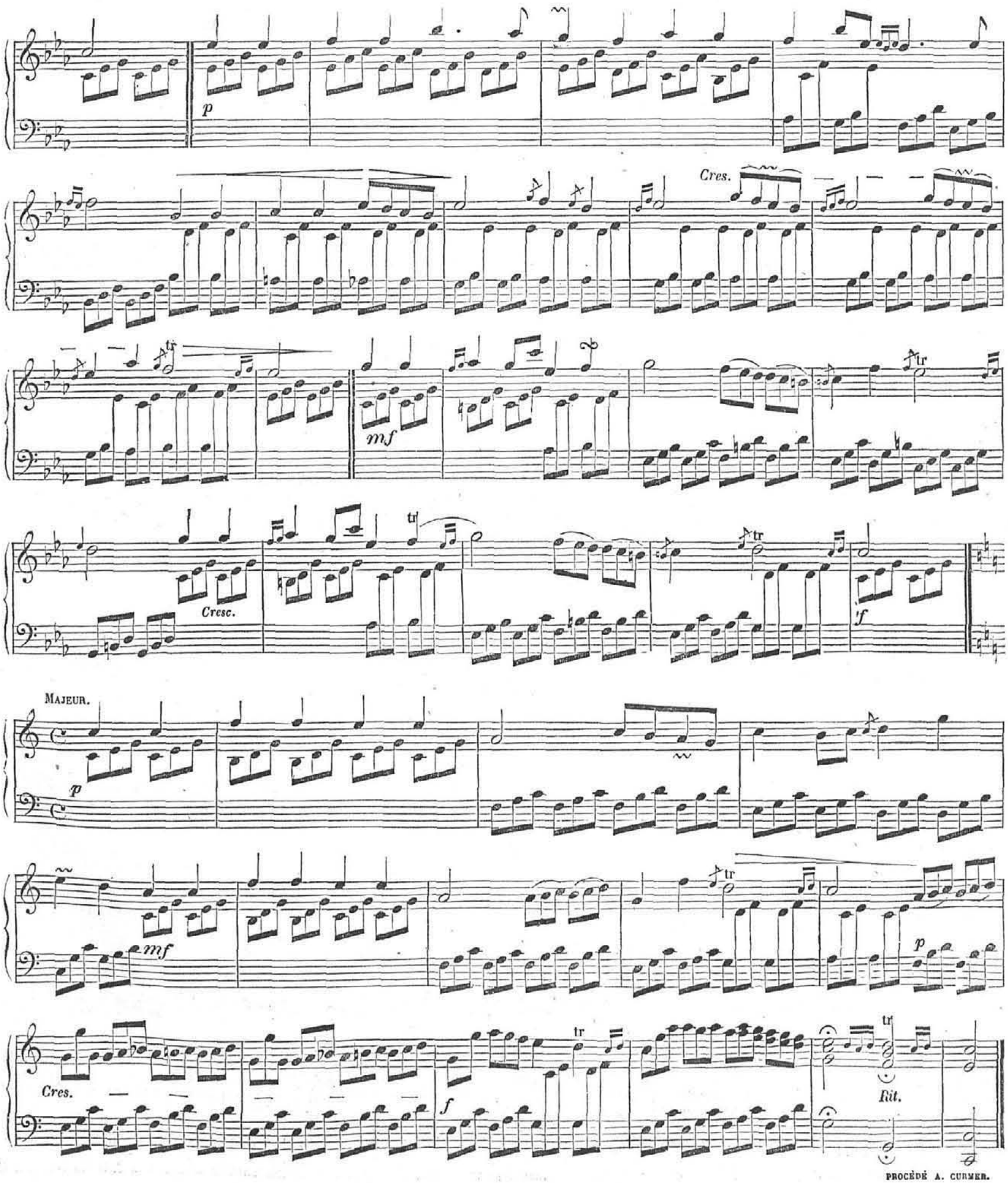
Guillermina Clauss nació en Praga el 13 de diciembre de 1834. Su madre, mujer de rara inteligencia, y muy aficionada á las artes, sorprendió un dia á Guillermina, á la sazon de cuatro años apenas, procurando ejecutar en el piano una marcha que tocaba un regimiento al pasar por debajo de los ventanas de su casa.

Desde aquel dia la madre de Guillermina resolvió hacerla estudiar formalmente la música. Diéronsele á la niña inmediatamente profesores. Dos años despues fué discípula del célebre M. Roksch, y sobrepujó muy pronto á las mas hábiles de sus compañeras.

Cumpliendo cuanto prometia desde su infancia, ha llegado á ser una artista ilustre entre las mas ilustres. Su carrera artística comenzó en 1849 por una serie de conciertos dados en la corte de Dresde y en la ciudad de Leipzig, cuyo voto es supremo en materia de música. Desde aquel momento su existencia solo fué una no interrumpida serie de triunfos. — En Alemania, en Inglaterra, en Holanda, en Francia, se admiró en ella una naturaleza poética, una maravillosa facultad de asimilacion, que le permite comprender, penetrar los mas diversos estilos, y restituirlos al público con todas sus cualidades especiales, con todos los mas finos matices, frecuentemente desconocidos por los intérpretes que no poseen en el mismo grado que ella las intuiciones de los grandes genios que fueron. Guillermina se ha conquistado y conservará siempre un lugar aparte entre los artistas de nuestra época, porque posee, no solo lo material, por decirlo así, del talento que puede adquirirse por el estudio perseverante, sino sobre todo las facultades preciosas, innatas, que permiten á un artista traducir los mas nobles símbolos del arte y ponerlos al alcance del público.

Guillermina se ha casado con el escritor aleman y húngaro, M. Federico Szarvady, antiguo secretario de la legacion húngara. Se ha establecido en París, y continúa en una carrera en la que ha encontrado tantos admiradores como oyentes.

Emmelina Raymond.



© Biblioteca Nacional de España

calceolarias, rodeadas de yerbas verdes y enrojecidas.

Orla para chaquetas, vestidos de niño, etc.

Este dibujo, además de los usos indicados, podrá tambien servir para corpiños blancos, y chaquetas de tul ó muselina Si se emplea para adorno de ropa blanca trasparente, se ejecutarán los cuadros con cordon blanco estrecho de algodon, que se pondrá debajo de la muselina. Para chaquetas de tul se usará cinta *cero* negra ó de color vivo. En todo caso, cinta ó cordon se fijarán por crucesitas hechas con torzal, ó para chaquetas de tul con hilillo de oro. El punto de espina se ejecutará con algodon, seda ú oro, segun se hayan hecho las cruces.

Si esta orla ha de ir sobre tela tupida, como paño, cachemira, terciopelo ó tafetan, se sustituirá al cordon galon de seda, y se harán las cruces y los puntos de espina con hilillo de oro, con torzal de seda ó con lana.

Capa para niño recien nacido.

Se hace de cachemira blanca y se pespuntea á cuadros grandes. El bordado se ejecuta con trencilla blanca.

La capa se frunce sobre una museta lisa; en el lado derecho tiene una abertura para que por ella pase el brazo de la nodriza, la cual de este modo llevará al niño mas cómodamente y con mayor seguridad. La capucha se forra de seda; su borde se cierra por una jareta y se adorna con trencilla; el lazo de detrás se hace con una cinta de 7 á 8 centímetros; los dos cabos de este lazo tienen cada uno 35 centímetros de largo.

A excepcion de la abertura del cuello, se orla toda la capa con un vivo de tafetan blanco; del mismo modo se orla la abertura indicada para dejar pasar el brazo de la nodriza.

Cinturon con faldetas.

Se hace este cinturon de cualquier color, ya igual al del trage, ó ya de tafetan ó muaré negro. — La guarnicion se compone de un rizado de tafetan recortado. Se ponen ballenas flexibles en todas las costuras; las costuras de los lados de delante se pespuntean tres veces con seda blanca; el cinturon se cierra por delante ó bien con un cordon de cabetes blanco ó del color del cinturon, ó bien con botones y ojales. El borde superior de cada pliegue de la faldeta se adorna con un boton de pasamanería ó de tela; las costuras se cubren por el revés con una cinta estrecha de tafetan en la cual va encerrada la ballena; el rizado es de 2 centímetros y medio ó 3; el largo de la tira destinada á formarlo es de 2 metros y medio, para componer un metro de rizado.

Cada una de las cintas de la limosnera (que puede suprimirse) tiene 21 centímetros de largo; van guarnecidas por un rizado estrecho.

LA CRUZ DEL VALLE.

NOVELA

POR DON EDUARDO SERRANO FATIGATI.

(CONTINUACION.)

En aquella hora, pues, los dos amantes no pudieron dominar sus sentimientos, que se habian purificado, cuanto purificarse podian, y cual si viesen acercarse la última hora de su vida, quisieron exhalar en palabras y en suspiros todo el tormento todo el placer y toda la esperanza de que estaba lleno el corazon.

—Angel hermoso de mis sueños, te amo como únicamente he amado á mi madre desde que existo, dijo Alfredo acercando su cabeza á la de Rosa.

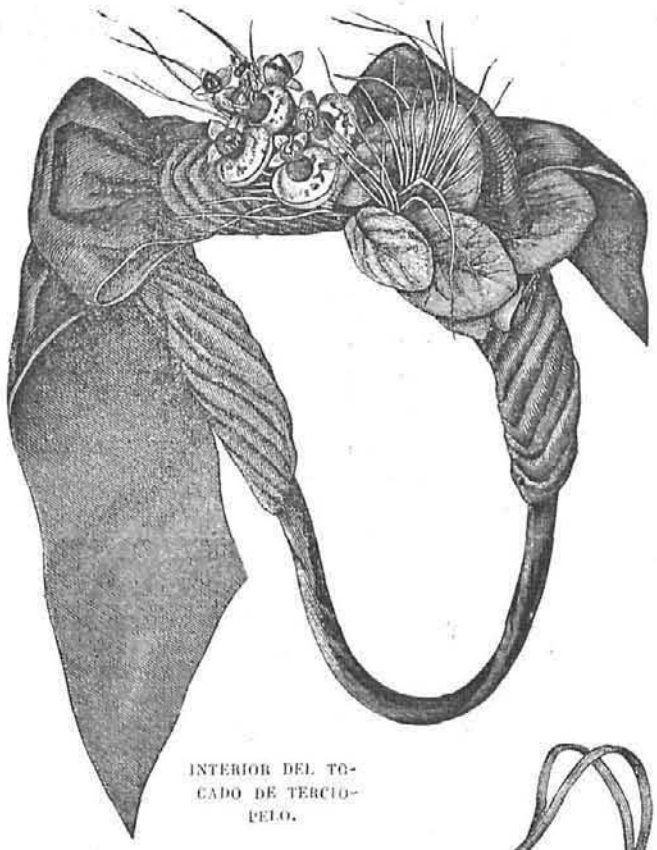
—Quiero creerte parque yo tambien... ¡te amo! murmuró sonriendo la pobre niña.

—Verte á mi lado es encontrar la felicidad que yo no habia creido posible en el mundo.

—Tú llenas mi corazon que hasta ahora lloraba en la soledad.

—Mi amor será eterno, porque Dios me permitirá sin duda que nos amemos hasta en esa vida que no ha de tener límites, exclamó Alfredo llena el alma de fe y la imaginacion de puros pensamientos.

—Ay! si no fuese verdad lo que dices, si algun



INTERIOR DEL TOCADO DE TERCIOPELO.

ARO PARA EL TOCADO DE TERCIOPELO

dia dejases de amarme, ese seria mi último dia.

—Eres tan hermosa, tan buena, tan inocente, que seria un crimen imperdonable olvidarte y mentirte una pasion que no sintiese. Quiera Dios que el momento que te dejase de amar, muera despreciado de todos cuantos me rodeen.

—Oh! Alfredo: si es amor lo que siento dentro de mi alma en este instante, las mujeres solo deben haber nacido para amar, porque desde hoy ya no temo á la muerte, sino por perderte.

Alfredo estaba desconocido; su mirada era brillante, su pecho se agitaba fuertemente, y una sonrisa inmensa de felicidad vagaba entre sus labios.

—He sido un insensato, dijo, corriendo tras de esos placeres torpes y groseros, que solo servian para matar mis sentimientos y para borrar en mi

TOCADO DE TERCIOPELO.

mente los recuerdos de mis honrados padres. Rosa mia, yo no puedo dejar de amarte aunque solo sea por egoismo, aunque solo sea porque á tu lado me contemplo sin avergonzarme de mí mismo; aunque solo sea porque tu virtud me hace bueno; júrame una y mil veces que ese amor durará cuanto tu vida dure.

—¿Dudas de mis palabras? ¿acaso puede una mujar faltar á ella? hay alguna que deje de amar?

Alfredo por toda contestacion cogió entre las suyas unas de las manos de Rosa, la estrechó contra su pecho con frenesí y por último la besó.

La pobre niña, encarnada hasta lo blanco de los ojos, se separó de él, y enviándole un beso desde lejos desapareció camino del pueblo, sin saber si andaba, si vivia ó si soñaba.

Su felicidad era tan grande que no pudo ocultarse á su pobre padre, honrado y virtuoso anciano, que consagraba á su hija todo cuanto cariño le habian dejado los dolores de la vida.

Por única respuesta á sus preguntas reiteradas, Rosa, al tiempo de darle el beso de despedida, que era la costumbre al acostarse, la dijo sonriendo:

—Mañana te contaré mi secreto.

VII.

Amaneció el siguiente dia tan deseado por el padre de Rosa, y la candorosa niña supo pintar con tan hermosos colores á su querido Alfredo, con tan bellas tintas aquella pasion, santa, pura, é ideal que consumia á entrambos, y con tales trasportes la felicidad de que estaba poseida, que el pobre padre lloraba de alegría como un niño, al oir á su querida Rosa.

Despues, sin embargo, cuando la niña pedia al espejo mas hermosura para agradar á su Alfredo, el anciano no pudo menos de temer por la ventura de su hija y de exhalar en un suspiro prolongado de tristeza y resignacion los presentimientos que nacian de su pecho.

Aquella tarde, á pesar de la resistencia de nuestro héroe, Alfredo quedó presentado al padre de su adorada, que ya olvidado de las lecciones del mundo, acogió como á un hijo al que tan bello, tan galante y con tan expresivas frases se anunciaba.

Pocos dias despues el previsor anciano, queriendo atar con mas fuerte lazo al hombre que disponia de su propia felicidad, puesto que era dueño de la de su hija, le propuso, haciendo uso de su gran influencia en el pueblo y en el distrito, hacerle candidato á la diputacion á Córtes.

Y despues de algunas largas conversaciones, llenas de magníficos pensamientos irrealizables acerca de la felicidad de España, proyectos de los cuales se reia en su interior nuestro héroe, Alfredo fué designado unánimemente por todos los prohombres, para tener la honra de representarlos en el congreso.

Y adorando á su Rosa, y permitiendo por ese mismo amor que su nombre se asociase á todo lo que en el pueblo se proyectaba, y acallando del todo los temores del anciano, Alfredo llenó tres meses de su existencia.

Todas las tardes los amantes volvian á la fuente para renovar ante ella sus pensamientos de amor.

Todas las noches Alfredo llegaba á su palacio de Madrid, y sin preguntar por sus amigos que murmuraban de él, se acostaba contento de sí mismo, y apenas daban las doce del siguiente dia, volvia á emprender su acostumbrada expedicion á la cordillera del Guadarrama.

Su pasion habia llegado al apogeo, y ya acariciaba en su mente la idea de casarse con Rosa; construir una linda casa en el pueblo, mitad palacio, mitad cabaña, para seguir allí con su adorada niña el sueño de amor que le habia hecho feliz tres meses.

Pero su inconstancia lo habia dispuesto de otro modo.

VIII.

Durante aquel tiempo su tia volvió á escribirle varias veces, quejándose de que no hubiese visto á su prima, que segun pactos de familia y de intereses le estaba destinada para esposa.

Alfredo leyó la primera carta relativa á la materia, y la rasgó furioso. Despues para no incomodarse mas arrojó á la chimenea las siguientes sin abrirlas.

Pero pasados tres meses, un dia recibió un billetito color de rosa, y perfumado que decia lo siguiente:

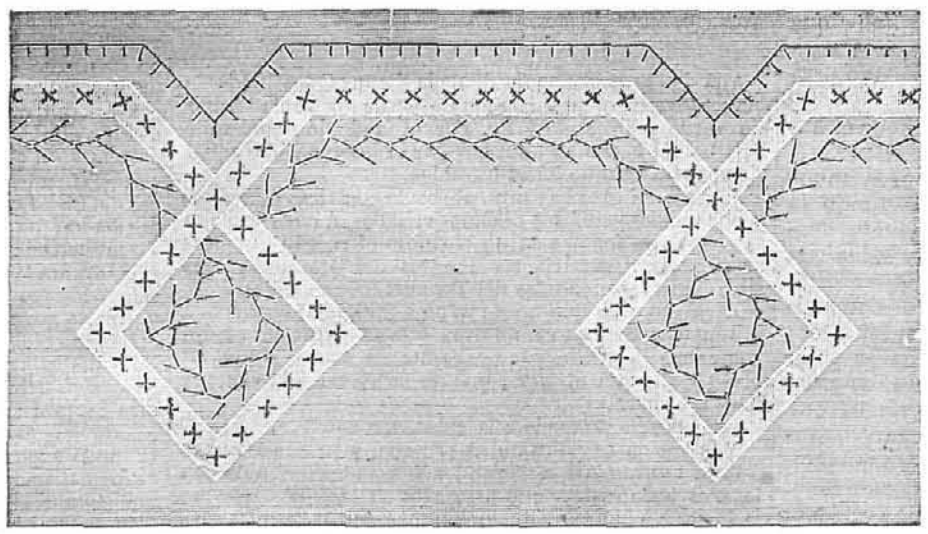
«Se suplica al Sr. don Alfredo Guzman García,

© Biblioteca Nacional de España

que acreditando una vez mas su galantería proverbial, se sirva asistir esta noche al *té dansant* que darán los señores de Jimenez.»

Alfredo reconoció la letra de su prima: maldijo la carta y toda su parentela; riñó al criado que se la habia traido, y emprendió su viage de costumbre. Pero de vuelta el fantasma del ridículo se puso delante de sus ojos, y por no caer en él mas de lo que habia caido, refunfuñando decidió ir al *té*.

Fué preciso romper un frac antes de vestirse para satisfacer su mal humor; pero al fin y al cabo dos horas despues de empezada la *fiesta*, Alfredo entró con avinagrado gesto en los salones de los Señores Jimenez.

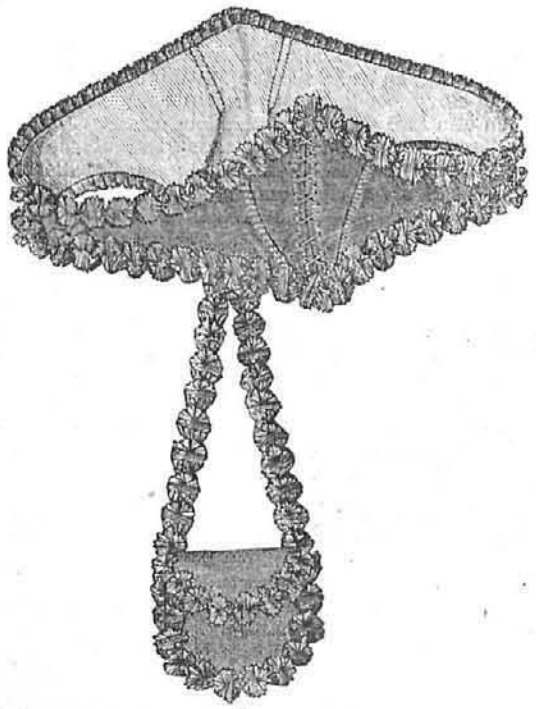


ORLA PARA CHAQUETAS, VESTIDOS DE NIÑOS, ETC.

Indiferente á todo lo que veia y sin que el baile le hiciese recordar con placer sus antiguas costumbres, nuestro héroe oyó sin inquietarse las mil picantes chanzonetas que sus amigos le dirigian con motivo de su separacion del gran mundo.

Unicamente cuando un chisgarabis entrometido, *llegó á decirle que su retraimiento se deberia* probablemente á alguna *griseta romántica*, Alfredo le miró de alto abajo con aire tan amenazador que el amigote se dió prisa á escurrirse entre otras parejas inmediatas, sin aguardar la contestacion de su amigo. Cuando se acercaba la hora de retirarse, Alfredo por no faltar del todo á las consideraciones sociales, se adelantó con aire glacial hácia su prima y le invitó para el primer vals.

Adela, la prima de nuestro héroe, era una graciosa andaluza de ojos negros rasgados y llenos de fuego, de seductora sonrisa, y de talento poco comun.



CINTURON CON FALDETA, VISTO POR DELANTE.

Cuando Alfredo, al romper el vals, se vió precisado á mirarla detenidamente, le pareció una muchacha regular, pero no comparable de ningun modo á su querida Rosa.

Dadas algunas vueltas, la primita se sentia tan fatigada que fué necesario detenerse á descansar en un rincon de la sala.

—Observo, primo, que te está disgustando evidentemente mi conversacion, y el acto de galantería que has usado conmigo, invitándome á bailar.

—Sabes que siempre te he profesado gran afecto, replicó Alfredo afectadamente.

—Tu cara es para mí un espejo que me dice que debo estar muy fea, y nada tiene de particular! Las mujeres nos marchitamos en la corte, como se *marchitan las flores en nuestros balcones*; nos falta aire, nos falta luz. En cambio en el campo; en medio de una naturaleza privilegiada, la niña ve llegar sus quince años, rodeados de hermosura, de salud, de candor y de un coquetismo tan incitante...

Alfredo se iba poniendo visiblemente pálido, Adela al notarlo continuó.

—Estoy sumamente desgraciada esta noche contigo; cada conversacion te interesa menos y...

—Al contrario, te suplico que continúes.

—No seré yo la que vaya á pintarte un cuadro de la antigua Arcadia, todo lleno de pastorcitas de ojos azules y bucles dorados... Cabalmente no es ese mi género favorito y si te hablaba de él es porque tú le prefieres, porque...

—Prima, *dejemos esa conversacion si gustas; tienes* razon, me cansa; dijo Alfredo no pudiendo contenerse mas.

—¿Prefieres que hablemos de esas mujeres de la sociedad elegante, hermosas, pálidas por el sentimiento y con alma capaz de comprender otra gran alma?

Nuestro héroe, poco fuerte para sostener la conversacion, volvió á seguir el vals, á pesar de los pocos deseos que su pareja manifestaba.

Durante aquellas vueltas, Alfredo *miró á su prima* y le pareció bonita.

Al terminar el baile y ya en su asiento Adela, flechando con una de sus mas dulces miradas á su primito, le dijo en voz baja:

—Supongo que no me conservarás rencor por mis ideas acerca del campo; eran una broma; soy entusiasta como puedes tú serlo, bajo el punto de vista artístico, de esas bellezas naturales, que tanto os gustan á los hombres y nos gustan á nosotras.

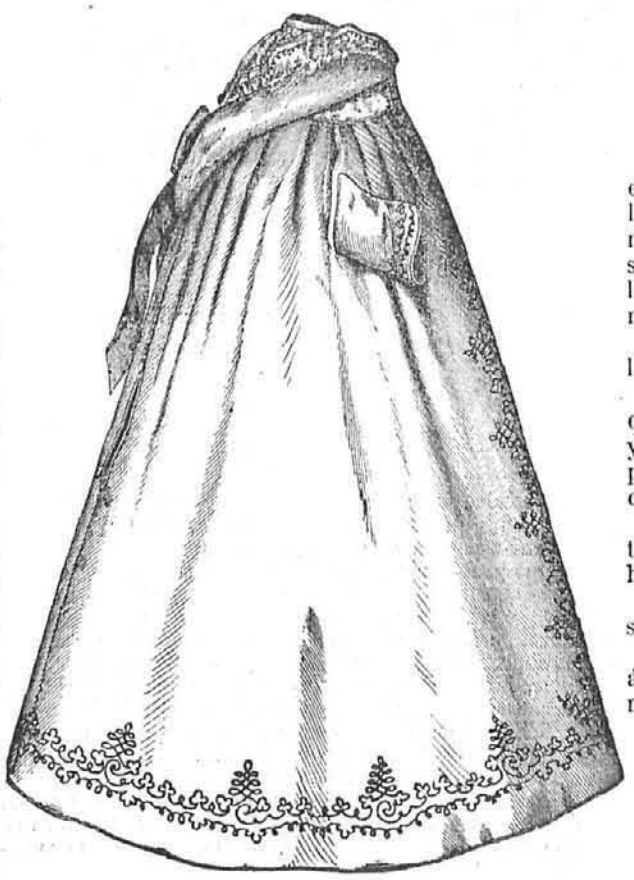
Alfredo se despidió turbado, y al salir de la casa de los Señores Jimenez, decia entre sí:

—Es lástima que Adela sea prima mia, y yo no la haya visto antes: es una niña de mucho talento; pero es mas bella mi Rosa.

IX.

Al dia siguiente, antes de empezar su expedicion favorita y á trueque de ser indiscreto, Alfredo fué á casa de su prima, únicamente á cerciorarse de si tenia alguna noticia concreta de sus amores con Rosa.

Ignoramos lo que pasaria en aquella entrevista;



CAPA PARA NIÑO RECIEN NACIDO.

pero lo cierto es que aquella tarde nuestra pobre aldeana, encontró á nuestro héroe mas distraido y menos entusiasta que de costumbre.

Al dia siguiente Alfredo no salió de Madrid.

Sin embargo, si hemos de creer lo que él mismo pensaba, esta no era ninguna falta contra Rosa.

Era preciso no olvidar sus relaciones de la corte, *no perder sus* hábitos, no aparecer en ridículo en una palabra.

Rosa le regañó mucho por su falta; pero él la hizo creer que tenia un tio enfermo y que debia quedarse á cuidarle un dia sí y otro no.

¿Porqué la razon que creia buena para sí mismo no la juzgaba convincente para Rosa? Ese es un problema *que nunca hemos podido re*solver.

Durante la primera semana no hubo novedad alguna en su conducta, y solo hizo dos visitas á su prima.—A la siguiente, Rosa oyó con gran sentimiento que el tio habia empeorado y que las visitas de su amante *debian ser mas de tarde en tarde.*

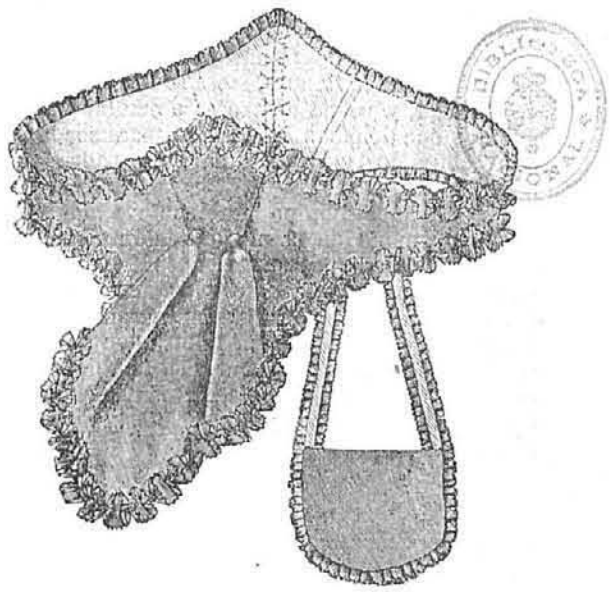
En aquella semana, Alfredo visitó tres veces á Adela.

Al cabo de tres meses, nuestro calavera tomó tanto miedo al ferro-carril que no volvió mas al pueblo que por tantos dias constituyera su única felicidad.

En cambio apenas salia de casa de su prima.

Y cada vez que encontrándose solo, frente á frente de su alma, sentia renacer en ella el sentimiento de Rosa y *algo parecido á un remordimiento*, le conjuraba tan bien y con tan sólidas razones que el remordimiento desaparecia... cuando el sueño cerraba sus párpados.

Rosa, se decia en tales momentos, es muy bella...



CINTURON CON FALDETA, VISTO POR DETRAS.

en este punto no cabe discusion... pero tan sencilla, tan inocente... ¿cómo comparar su imaginacion, ni su talento con el de Adela, que adivina mis pensamientos, que me hace soñar en un mundo de felicidad donde yo no alcanzaba á ver absolutamente nada?

Por otra parte Rosa en los últimos dias en que la he visto, ya no era lo que antes.

Tenia mal genio, caprichos, ridiculeces... queria que viviese solo para su amor, como si al hombre, y al hombre de mi posicion mucho mas, le fuese permitido olvidarse de ciertos deberes que la sociedad y el buen tono le imponen.

Además Rosa llora demasiado; *tiene* demasiada tristeza en sus miradas, y caprichos de niña que la harian desgraciada.

Lo cual quiere decir que es muy conveniente que se acostumbre á dominar esos caprichos.

En fin no cabe duda... Alfredo estaba justificado á sus propios ojos... al menos cuando *sus ojos* no miraban.

Pero qué sucedia entre tanto á Rosa?

X.

La pobre niña habia temblado á la primer falta. Habia llorado al convencerse de la segunda. Elevó al cielo su mas ferviente oracion despue$

© Biblioteca Nacional de España

de la tercera. Cuando sus lágrimas se agotaron no se advertia en ella otro síntoma de su dolor que una palidez que se hacia mas intensa cada dia.

Y era que la fuente de la *vida* habia cesado para ella de manar.

Que la flor empezaba á marchitarse porque el huracan del mundo la dió un beso emponzoñado.

Rosa marchaba á pasos agigantados por el mundo del dolor y de los desengaños, y ese mundo la llenaba de terror, porque era completamente desconocido para su corazon; porque jamás habia visto ni soñado lo que era la desgracia.

Su buen padre ignoraba por completo el martirio que iba lentamente destrozando á su hija.

La encantadora criatura, temiendo hacer pasar su dolor al que tantos habia sufrido en el mundo, tenia aun una sonrisa (mas cara para su vida que todas sus lágrimas), cuando el anciano la preguntaba porqué no habia vuelto Alfredo; pasaba largas horas, martirizándose mas y mas en forjar un cuento que fuese creido por el buen padre; y cuando éste, dándola el beso de despedida, iba á pasar la noche tranquilo y seguro de su felicidad, la inocente mártir todavía sentia en su corazon un momento de consuelo.

Aquella enfermedad del alma no tenia curacion posible.

Yo ignoro si alguno de mis lectores creerá inverosímil que existan esta clase de enfermedades, y mucho menos en la sociedad en que vivimos. Por toda defensa le diré únicamente que un amigo mio, médico muy acreditado, me cercioró hace pocos meses de su existencia, haciéndome conocer un caso práctico que estaba tratando con poca fortuna.

¿Creereis que aquella niña, muriendo por haber visto morir á su madre, me reconcilió por completo con nuestro siglo?

Rosa estaba sin duda purificando su amor para irle á depositar en el cielo que era su única patria.

Pero la alimentaba todavía un resto de esperanza.

Y todas las tardes pasaba una hora contada por los latidos de su corazon, junto á la fuente que habia sido testigo de sus dulces sonrisas.

Y cuando el sol se ocultaba tras de las montañas; cuando algun tiempo despues se despedia de la gran poblacion que la pobre niña veia á lo lejos, como dormida sobre la llanura, Rosa se despedia tambien de su ideal, y volvia á su casa á ocultar los sentimientos que llenaban su corazon, para ser la buena hija, el único lazo que unia á su padre con el mundo.

Durante aquel tiempo tambien tuvo que sufrir el agudo tormento de la murmuracion popular: las muchachas á quienes su hermosura habia eclipsado se burlaron de su dolor; los mozos á quienes habia despreciado, la dirigieron miradas demasiado elocuentes en su situacion, y Rosa que no habia pisado el mundo, que no conocia sus secretos, tuvo que desplegar la poca energía que restaba en su alma, para combatir en tan terribles y diversos terrenos.

XI.

Una tarde, al dirigirse á la fuente, la hermosa vió á lo lejos el penacho de humo de un tren extraordinario que se acercaba á toda velocidad.

Una emocion inexplicable se apoderó de ella en aquel momento. Creyó que aquel humo que el viento disipaba y volvia á renacer siempre mas cerca; que aquella locomotora que iba dejando atrás tierras y pueblos, venia á devolverla la felicidad perdida: que allí, oculto por aquel humo, y hasta acompañando al penetrante silbido que se percibia confusamente, venia su Alfredo, mas que nunca enamorado, mas que nunca hermoso, á ofrecerla de nuevo su curacion, para no separarse jamás de ella.

Impulsada por esa loca alegría, que representaba en su corazon lo que la última llamarada de la luz que va á apagarse, Rosa, sin darse cuenta de sus acciones se encaminó hácia el ferro-carril, marchando por junto los rails en direccion al tren que venia.

Sin parar un solo momento la aldeana, encontró al tren cerca de media hora despues de haber emprendido su camino.

Pero durante el breve instante en que locomotora y vagones pasaron ante su vista como un relámpago, atronando sus oidos, haciendo llegar hasta sus piés miles de chispas, y hasta arrojándola un silbido que parecia insultante, la acalorada imaginacion de Rosa creyó ver dentro de un coche á su Alfredo, mas hermoso que nunca, pero reclinado en el hombro de una mujer, tambien mas hermosa que ella.

(*Se continuará.*)

CALOR DE LOS CORAZONES.

Allá donde termina la dilatada llanura sembrada de blancos caseríos que contemplo desde mi ventana, hay un verde y profundo valle. Por el fondo de aquel valle baja un rio hácia la llanura, y por la márgen de aquel rio sube un camino hácia mi aldea.

Junto á mi casa hay otra, abrigada con ricas alfombras y encendidas estufas y diáfanos cristales, á cuya ventana se asoma con frecuencia un hermoso niño, que mientras yo dirijo la vista hácia las llanuras del Ocaso, dirije la suya hácia las montañas del Oriente.

Hace dos dias que no he visto aquel niño asomado á la ventana; pero en cambio veo que se asoma su madre contenta y hermosa, y la pregunto:

—¿Dónde está el niño, que no se asoma á la ventana hace dos dias?

—Se nos ha escapado á la aldea, me contesta.

Y la vecina se retira de su ventana, y yo sigo asomado á la mia mirando á la llanura, y pensando en el niño con los ojos poco menos que arrasados en lágrimas, porque la fuga de aquel niño es para enternecer corazones mas duros que el que Dios me ha dado.

Tras de las montañas hácia donde el niño suele dirijir la vista desde su ventana, hay una pobre aldea escondida, como la mia, entre castaños y nogales.

Apenas nació el niño, su madre, temerosa de ajar su propia hermosura si alimentaba á sus pechos al concebido en sus entrañas, se le entregó á una pobre aldeana para que le alimentara á los suyos por un mezquino salario.

Y el niño que habia nacido en una casa abrigada con ricas alfombras y encendidas estufas y diáfanos cristales, fué á vivir á una pobre casa de aldea, donde penetraban por todas partes el viento y la lluvia.

La pobre aldeana, así que tocaron su seno los labios de aquel ángel, le dió el dulce nombre de hijo y sonrió de santa alegría cuando vió que el niño crecia y tomaba el color de la rosa al calor de su seno, y se extremeció de gozo y amor cuando oyó que el niño arrojado del regazo materno le daba el dulce nombre de madre.

El niño fué creciendo hermoso y feliz á la sombra de los castaños y los nogales de la aldea, donde habia un hombre y una mujer que le llamaban hijo, y unos niños que le llamaban hermano, y unos corazones que se entristecian cuando él estaba triste y se alegraban cuando él estaba alegre.

Y la pobre aldeana, aunque con grandes penas adquiria el pan para su familia, no se atrevia ya á venir á la villa á recibir un puñado de duros de la rica y hermosa señora que vive junto á mi casa, porque temia volver llorando á la aldea con la noticia de que le iban á quitar su hijo.

Y cuando en las melancólicas tardes de otoño ella y su hijo adoptivo trepaban á la montaña á recojer el fruto de los castaños, y allá abajo, allá abajo, en el fondo del valle veian las torres de la opulenta villa, el hijo y la madre se miraban llorando y se abrazaban.

Y al fin, á la pobre aldeana la quitaron el hijo, por mas que ella y su marido y sus hijos lloraron y pidieron de rodillas á la rica señora que vive junto á mi casa que tuviese misericordia de ellos y no llenase de desconsuelo su hogar.

En una pobre aldea, escondida como la mia, entre castaños y nogales, hay un hogar donde una mujer y un hombre y unos niños hablan á todas horas, con lágrimas en los ojos, de un niño ausente, y se asoman á la ventana á ver si le ven venir, y cuando le ven llegar por la arboleda lanzan un grito de alegría, corren á su encuentro, y le besan, y le abrazan, y la pobre mujer llora y le llama hijo de su alma, y le enjuga con el delantal el sudor de la frente, y mira si trae los piés mojados, y le abotona la chaquetilla para que no se quede frio, y echa leña en el hogar para que se caliente, y le hace de merendar suponiendo que llegará muerto de hambre.

Y cuando le pregunta al niño porqué le gusta mas que la casa de la villa la casa de la aldea, contesta:

—Porque en la villa tengo mucho frio.

¡Ay calorcito de los corazones, cuánto mas vales que el de las alfombras y las estufas!

ANTONIO DE TRUEBA.

UNA TERRIBLE PRUEBA.

(Conclusion.)

El conde, que habia visto frustrarse uno tras otro todos los medios que sus prendas personales y su pérfida experiencia ponian á su disposicion, habia esperado que el tiempo y el amor de Angela produjeran el resultado deseado con tanta impaciencia; pero los proyectos de marcha que creia descubierto le arrebataba su última esperanza, y Ludovico reconoció la necesidad de emplear los supremos recursos de una pasion tal como la suya, es decir, la astucia y la violencia si fuese indispensable. En su consecuencia prodigó el oro y corrompió fácilmente la fidelidad de una camarista de la marquesa, la que le introdujo secretamente, durante la noche, en un gabinete vecino al cuarto de Angela.

Esto sucedió en el momento en que la jóven prima donna volvia del teatro oprimida de fatiga. Dejó un vestido en un gabinetito en donde sus doncellas los acomodaban (siguiendo la expresion entonces en uso) por la noche: y se retiró sola á su cuarto, en el que nadie penetraba ya bajo ningun pretexto hasta la mañana.

Ludovico desde el escondrijo en que estaba, la vió vestida con un vestido de muselina, abrir y cerrar su puerta; aguardó aun algunos minutos á fin de que los primeros gritos de sorpresa no pudieran ser oidos de los criados que vagaban aun en las dependencias vecinas; y cuando el silencio mas profundo se hubo restablecido en palacio y en el cuarto de Angela, Ludovico con el corazon palpitante de deseo y temor salió suavemente del escondite. Al claro resplandor de una lámpara que humeaba en una esfera de alabastro, se avanzó el temerario jóven hácia el lecho, levantó las cortinas, si bien con una profunda sorpresa, y reconoció que el lecho habia sido deshecho y como removido por el peso que le era ordinario, mas estaba vacio.

Las miradas de Ludovico buscaron ávidamente la salida que habia favorecido la retirada de Angela: pero á excepcion del gabinete en que habia estado él, no habia otra comunicacion con las dependencias vecinas que la puerta que estaba cerrada por dentro con un cerrojo. Esta huida explicó evidentemente un misterio; Ludovico creyó hallar la explicacion de la resistencia invencible que su amante oponia á sus tentativas, y el amor del príncipe le vino de nuevo á la memoria. El conde, presa de la vergüenza y los celos, era á la par juguete de una astucia admirablemente urdida, y como él no se atrevia á atravesar las habitaciones del palacio por miedo de dar en las manos del guardian, que durante la noche vigilaba por la seguridad de la habitacion, temia ser condenado á pasar el resto de la noche en la ridícula posicion en que su audaz empresa le habia puesto; pero reflexionó que la salida secreta que habia dado pasó á la marquesa podia igualmente favorecer su huida, y reconoció las pinturas de todos los paños que guarnecian el cuarto.

Por largo tiempo fueron inútiles sus pesquisas; mas por fin el borde de un gran espejo de Venecia cedió á la presion de su brazo, y apretando en él ofreció la entrada á una pieza estrecha cuyas paredes estaban desnudas, y en la que no habia otra abertura que una pequeña ventana colocada á una distancia á la que la extension del brazo no podia llegar. Ludovico reconoció á la sola claridad de la luna, cuyos rayos penetraban libremente á través de la ventana desprovista de cortinas, un mueble semejante á los de las celdas de los conventos, en que rige la mas estrecha severidad: una silla grosera colocada ante un crucifijo de madera y una especie de cofre largo, cuya tapa estaba unida á la pared. El conde se aproximó á esta caja; un frio de espanto mezclado de respeto corrió por todos sus miembros cuando reconoció en esta cama digna del cenobita mas ferviente á Angela, la reina de la hermosura, la maravilla de las artes, vestida con el hábito de las monjas, que dormia el sueño pacífico de la inocencia.

El conde levantó los ojos al cielo como para implorar el perdon de la infame tentativa que profanaba tanta virtud y se retiró con silencio, cerró el paño del espejo que separaba á Angela del mundo, y saltó con gran riesgo por la ventana del gabinete que le habia servido de asilo, con el fin de no dejar ninguna señal de su presencia en el palacio de la marquesa; esta ventana daba á un jardin cuyas paredes poco elevadas no podian ser obstáculo á la salida de un hombre tan ágil como Ludovico.

El jóven, confuso y arrepentido, volvió á su casa en una disposicion mental bien diferente de como la dejó; el sueño interrumpió las reflexiones en que se abismaban sus pensamientos concernientes al amor de Angela, sus triunfos en las artes, la angelical piedad y la misteriosa devocion que parecian unirse tan poco con el esplendor y homenajes de que se veia rodeada la brillante marquesa.

El sueño de Ludovico, que empezaria naturalmente muy tarde, se prolongó hasta mucho mas de la madrugada. Cuando su ayuda de cámara creyó hora de presentarse ante él, le entregó una carta que habia sido enviada por un propio del convento de Maviello, añadiendo tambien que corria prisa. La letra, sin embargo, no era de la hermana del conde. Ludovico, resistiendo el vago presentimiento de una desgracia, rompió temblando la oblea de aquella misiva y leyó lo que sigue.

«Mi prueba está terminada; yo vuelvo á Dios á quien solo he pertenecido. Hace algunos meses, no tenia que ofrecer mas que un corazon que se ignoraba á sí mismo, que no conocia nada de las alegrías y vanidades del mundo y que se daba por consecuente sin pesar ni sacrificio. Esta ofrenda no era digna del cariño que en mí se albergaba. He querido conocer la dicha que dan el poder, la fortuna, la gloria y el amor. Si yo os he elegido entre todos los hombres para confiaros mis afecciones, porque vos me habeis parecido el mas seductor entre ellos, es porque me sentia unida hácia vos por una inclinacion á la que he debido las mas dulces sensaciones de mi vida; es porque en fin estoy bien segura que vuestra ligereza natural os consolará fácilmente de mi abandono.

«Perdonadme, amigo mio, y no conserveis mas que una dulce memoria de mi paso sobre la tierra. En ella dejo ya un pesar. Pero el homenaje de un corazon herido agrada al Señor, y yo quiero tener que ofrecerle dolores mas fuertes, votos aun menos libres que los mios de las cosas de este mundo.

«He obtenido que el tiempo de mis últimas pruebas me fuese contado por la duracion de mi noviciado que concluyó ayer. Tomo el velo hoy; orad por mí esta mañana y rogaré por vos el resto de mi vida.»

En el momento en que Ludovico, inmóvil de sorpresa y consternacion, dejaba escapar aquella carta de sus manos, Lugano, que no habia vuelto al palacio de Zamparella desde la primera fiesta de la marquesa, hizo escu-

© Biblioteca Nacional de España

char su voz en el vestíbulo, y un instante despues estaba en presencia del conde.

—Perdonadme, exclamó él, si atropello la consigna de vuestros criados que no querian dejarme penetrar cerca de vos. Pero tengo que deciros cosas de la mayor importancia.

—Entonces, respondió Ludovico con un aire sombrío, trocaremos nuestras noticias; pero hablemos sin preámbulo, deseo saberlas.

—Angela no está en su habitacion, y es cierto que ha salido antes de amanecer. Sus criados y yo la buscamos por todas partes, y por lo que me toca, estoy en una temible inquietud porque la señora Puzzini ha dejado á Florencia ayer por la tarde, y temo que esta repentina marcha haya sido precedida de algun terrible atentado contra los dias de Angela. Lo que me hace creerlo es una linea escrita sobre un pequeño paquete que me ha sido remitido esta mañana por un expreso que le recibiera de una persona desconocida. Héle aqui.

En este paquete dice: «Haced tomar al instante estos polvos á la marquesa de V...» El papel contenia en efecto un polvo blanco que he hecho analizar por un sabio boticario, y ha sido reconocido por el antídoto ordinario de un veneno lento, pero seguro. Y por lo que recuerdo, esta letra es de la camarista de la Puzzini.

—Angela está envenenada, continuó Lugano golpeándose el pecho, y su matadora ha puesto el colmo á su perversidad encerrándola en algun retiro lejos de todo socorro.

—En cuanto á este último temor, repitió Ludovico que se vestia con prontitud y sin los adornos de costumbre, soy feliz de poder hacerle cesar. Leed esto, añadió dando á Lugano la carta de la marquesa.

Mientras que el empresario estaba absorto en su lectura, el conde pidió sus caballos y un instante despues los dos jóvenes galopaban en compañía en la direccion de Maviello. A cada paso encontraban en el camino grupos de señoras y caballeros que iban con presteza al convento, en donde una carta-circular los habia llamado. Ludovico evitó sus conversaciones y la comun expresion de su admiracion estimulando la viveza de su caballo, que bien pronto acabó su carrera. Pero á pesar de la diligencia que manifestó, así como Lugano, la ceremonia habia comenzado ya cuando llegaron. Lugano, que no pensaba mas que en el contraveneno, pidió inútilmente ver á la novicia, la que no debia dejar el confesionario sino para pasar al altar. Tambien fué en vano pedir audiencia para la superiora. Lo que pudo obtener de uno de los dependientes de la iglesia fué llevar el paquete á la abadesa, recomendándola hacer tomar á la novicia los polvos contenidos en el papel al primer indicio de enfermedad que experimentara sor Angela.

Algunos instantes despues apareció la desposada seguida de una larga é imponente procesion de monjas y de altos dignatarios del clero, revestidos con sus hábitos sacerdotales. Estaba deslumbradora con sus adornos y gracias, pero el encarnado de su tez se habia trasformado en una palidez que la emocion inseparable de aquella ceremonia, justificaba bastante. Lugano creyó observar muchas veces que la novicia vacilaba al andar, y sus ojos, anegados en lágrimas, se tornaban entonces hácia la abadesa, que estaba impasible durante todo el servicio. Los concurrentes, temblorosos, vieron caer la magnífica cabellera que habian admirado tantas veces; todos los corazones se inundaron de dolor cuando el grueso sayal robó para siempre las formas encantadoras de la jóven reclusa, y la bóveda del edificio retembló con los sollozos de toda la asamblea, cuando el sudario se bajó para cubrir á la monja postrada sobre las gradas del coro.

Una voz lúgubre entonó el *De profundis*, que fué cantado á canto llano hasta el último versículo, y el obispo oficiante echó la absolucion como si la sábana hubiese realmente cubierto un ataud.

Cuando se levantó el paño fúnebre, el cuerpo de la religiosa apareció en la inmovilidad de la muerte. Gritos de espanto retemblaron en el coro y en la nave, mientras que se procuraba hacer volver en sí á la hermana inanimada; pero todos los socorros del arte, fueron inútiles. La profunda sensacion que habia experimentado, habia sin duda precipitado los efectos del veneno que minaba su existencia, y la santa recibia ya en el cielo la recompensa de su heróico sacrificio.

Lugano dejó á Florencia el mismo dia dando todos los indicios de una enajenacion mental, y no se volvió á saber mas de él.

El conde Zamparella, desterrado de la córte del gran duque, pasó á Francia, y al cabo de algunos meses se dijo que habia sido muerto en un desafío por un artista italiano, cuyo nombre no se supo.

E. DE LA M.

FIN DE LA NOVELA.

CAROLINA LA BELLA.

(Continuacion.)

En uno de mis paseos solitarios compuse los versos que hallarás adjunto. ¡Pensando en ella los compuse, y están impregnados de tristeza! Cuando acabes de leerlos, quémalos, porque son versos tristes, disparatados y sin objeto. Ellos servirán solamente para que conozcas el estado de postracion en que se halla tu pobre amigo.

Luego que me reponga, me preparo á volar al lado de Carolina, y á llorar á sus piés el pecado que por su amor y por su beldad he cometido: la disculpa está en mi juventud; y me persuado que ella al verme tan triste y tan desventurado, me devolverá su dulcísima amistad. Sospecho que no haya muerto el amor en su pecho; pero si lo estuviere, yo sabré reanimarlo con la sinceridad de mi arrepentimiento y con las lágrimas que derramaré en su presencia, como las que he vertido lejos de ella por tan infausto suceso. Una vez disipado aquel recuerdo funestísimo, hablaré sériamente á don Gaspar, y le pediré la mano de su hija. El brillante estado de mi fortuna, y nuestras antiguas relaciones de familia, me hacen esperar que no será desatendida mi peticion. Entonces nos casaremos, y realizados mis intereses, me iré para la quinta que he comprado en las orillas del lago de Ginebra, á curarme de tanta angustia, bajo otro cielo llevando por compañero ese ángel consolador, ese ángel de Dios.

No temo las persecuciones de la policía en este país; pues no habrá quien deponga contra mí por semejante duelo, efectuado sin testigos y en lugar apartado. Supongo que la muerte de Roberto habrá hecho mucho ruido en los primeros dias, como sucede en todas las ciudades populosas en que hay turbas hambrientas de noticias para entretener su ociosidad; mas á la vuelta de ocho dias nadie se habrá acordado del desdichado. En los primeros momentos muchas alharacas, despues el olvido. Así sucede en todas partes, y en Bogotá mas que en ninguna otra ciudad; porque el carácter de sus habitantes participa de las veleidades atmosféricas.

Me molesta bastante una tos que sufro, la cual me arrecia por las noches, y eso me tiene con mucho cuidado, y me estorba para escribir mas largo. Espero que me dispenses, y me informes circunstanciadamente de todo lo que haya ocurrido por allá.

Tu fiel —TEODOMIRO.

EL PORVENIR.

A CAROLINA.

¡Quién pudiera rasgar el denso velo
Que esconde el porvenir! ¡Oh! ¡quién pudiera
Saber si oculta un estrellado cielo,
O si en sombras envuelve una quimera!
¡Qué tormento es dudar! ¡Qué desconsuelo!
Vive tan solo quien viviendo espera...
Sin un rayo de luz en noche oscura,
¿Quién arriba á una playa mas segura?

De lágrimas tal vez oculta un rio
El negro porvenir tempestuoso,
O la copa quizá que el labio mio
Quiere libar frenético y ansioso.
¡Tal vez de algun sepulcro el mármol frio
Entre sus sombras vela misterioso,
Y en vez de la sonrisa de la suerte
Llega el amargo dia de mi muerte!

¡Qué sé yo lo que guarda entre su seno
Tan lóbrego y oscuro!... Porfiando
Quisiera ver si es piélago sereno,
O mar que lucha en tempestad bramando:
Si es sol que nace de esperanzas lleno,
O luna que se pone mengüando,
Entre el horror de la tiniebla oscura,
Como se pone el sol de la hermosura.

Quisiera yo saber si tu cariño,
Que como verde planta crece ahora,
Ha de acabar como perece un niño
A quien su madre inconsolable llora.
Y á eso no mas no pienses que me ciño.
Mas quisiera saber; Oye, señora,
Y aunque te arranque una jovial sonrisa,
Es una voz que pasa cual la brisa.

Quisiera yo bajar de nuestra vida
La rápida corriente, y las arenas
De aquel inmenso mar, que se apellida
Eternidad, ya libre de cadenas,
Surcar sin dilacion... y mi florida
Edad de amor y la de puras penas
Por un momento contemplar ansioso,
Y enternecido palpitar de gozo;

O palpando uno y otro desengaño
Mirar del mundo la figura vana,
Y deslizarse un dia, un mes, un año,
Como una sombra rápida y liviana;
Y viendo tal mudanza, «Nada extraño,
Decir, alzando mi cabeza ufana:
Todo es una ilusion, una quimera,
Y de una nube sombra pasajera.»

Porque ora luces como el astro bello
Que se baña en los mares de Occidente,
Porque ora juegan con tu enhiesto cuello
Tus negras trenzas de ébano luciente;
Porque ora mata el lángido destello
De tus ojos, y muestra la alta frente
De juventud ceñida y frescas rosas,
Y eres bella entre todas las hermosas;

¡Ah! todos te bendicen. Pero viene,
Viene pausadamente caminando
De la vejez el dia. Los colores
Se borran de tu faz, tus negros ojos
Pierden su brillo, encanecidos veo
Esos cabellos que adorara un dia,
Y de tanta belleza solo queda...
¿Quién lo dijera? una fugaz memoria.

Y es que próximo estando á disolverse,
El polvo busca de la madre tierra
Ese que lo brotó seno fecundo.

Caen las rosas, vendaval furioso
Sus hojas barre; la risueña fuente
Convertida en raudal ó en hondo rio,
Al mar se avanza y piérdese en su seno:
Bajan las sombras, se oscurece el dia,
Que entre celajes de oro el sol se pone,
Y una hueca tiniebla ocupa todo
El campo de la luz. . . . . .

XIII.

DE UN AMIGO A PEPE.

Guaduas 28 de febrero de 1852.

Amigo y señor de todo mi aprecio.—Penoso es dar á á Vd. las noticias que me pide en su apreciable, fecha 26 del corriente; mas supuesto que lo desea, procuraré describirle, lo mejor que me fuere dable, los últimos momentos de Teodomiro, su querido amigo.

El llegó al *Alto del Trigo* el 5 de enero del próximo pasado. Al siguiente dia recibí una esquelita escrita con lapiz, en que me suplicaba pasase á verlo, escusándose con mucha urbanidad de lo que llamaba su atrevimiento, diciéndome que sabia que Vd. y yo teniamos buena amistad. Inmediatamente pasé á verlo: cuando llegué estaba almorzando. Me dijo que estaba sufriendo hacia dias un fuerte dolor de espaldas, á que se agregaba una tos muy importuna que le molestaba, sobre todo por las noches: que deseaba permanecer por algun tiempo en las inmediaciones de Guaduas, pues le gustaban mucho estos campos; pero que queria vivir *incógnito*, sin ser visitado de nadie, con excepcion de un médico de Bogotá que vendria á verlo de cuando en cuando, de Elías su criado y de mí. Añadió: que Elías era excelente cocinero, hombre de toda su confianza, y que no le faltaria la asistencia necesaria teniéndolo á su lado; me suplicó que le buscara una casita que tuviera una hermosa vista hácia el Llano; y que no reparara en gastos, pues no le faltaban proporciones y deseaba ahorrarse molestias, pasando la temporada lo mejor que fuera posible.

Despues de haber conversado por una media hora acerca de la vida del campo y de otros objetos indiferentes, me despedí prometiéndole que cumpliria su recomendacion y que volveria á la tarde á darle razon. En efecto, encontré una casita muy aseada, é hice llevar á ella cama, mesa, taburetes y demás muebles que crei necesarios; y volví, trayendo las llaves, á ofrecerle mi compañía para instalarlo en su nueva habitacion. Salimos á las ocho de la noche del Alto del Trigo, y llegamos á la susodicha casa despues de una hora: él trató de acostarse á descansar, y yo me despedí.

Tuve el gusto de tratarlo con mucha frecuencia, y algunos dias solia hacerle hasta tres visitas; pero de ordinario le hacia compañía por la noche. El gustaba de que le leyera, por lo regular en la Biblia, de la cual habia solicitado yo un ejemplar en casa del señor cura.—Esto me hace provecho: cuando V. me lee bastante, duermo tranquilo, solia decirme. Aunque soy poco observador, notaba en él una mortal tristeza, y trataba por lo mismo de inspirarle valor, poniéndole de manifiesto que su juventud triunfaria de todas sus dolencias; pero él de dia en dia estaba mas amilanado. Salia á pasear algunas veces, y Elías le acompañaba á cierta distancia; volvia á la casa y se ponia á escribir, se acostaba despues en la hamaca, se levantaba y se recostaba en la cama, luego se sentaba en la silla; se paseaba por el cuarto, volvia á tomar la hamaca, echándose de ver á las claras que el dolor que sufria no le dejaba descansar. Me dijo que tenia un sedal en la espalda, y que Elías se lo curaba.

(*Se continuará.*)

LA MUERTE Y LA RESURRECCION.

Hoy celebra la Iglesia el altísimo misterio de la Resurreccion del Salvador del mundo, como en los pasados dias recordaba los de su Pasion y muerte. En esta mostró los dolores del hombre; en aquella la gloria de Dios.

Reflexionemos sobre estos importantes misterios, y procuremos desentrañar la enseñanza que ellos encierran, en cuanto es dado penetrarla á la pobre razon humana.

Toda vida lleva en sí el gérmen de la muerte: nacemos, pues, para morir un dia. Ahora bien, ¿si el hombre no viese un mas allá, si por propia intuicion no comprendiese que no acaba todo con la destruccion de su miserable cuerpo, qué seria para él esa vida?

Contad vuestros placeres, oh vosotros á los que el mundo envidia, á los que tiene por felices; vosotros los que poseeis riquezas, los que regís á las naciones; pero contad tambien vuestros dolores, contad las penas que han taladrado vuestras almas, las enfermedades que han afligido vuestros cuerpos; comparad, y decidnos luego si habeis sido en efecto dichosos sobre la tierra.

Y si de aquí descendemos por esa escala de miseria y de angustia, si volvemos los ojos á los menos favorecidos, á los que todos tienen por desgraciados, ¿qué veremos? Padres que lloran con amarguísimas lágrimas á sus hijos perdidos; madres que

© Biblioteca Nacional de España

privadas de sus esposos no tienen un pedazo de pan que dar á las tiernas criaturas que un dia llevaron en su seno; huérfanos desvalidos que arrastran una triste y dolorosa existencia; enfermos que cuentan sus horas por sus sufrimientos. Tal es la vida: quitad de ella la esperanza de otra, y vereis lo que os queda.

Y es que no quiso Dios darnos la felicidad completa sobre la tierra, para advertirnos continuamente de que no era aquí donde debiéramos buscarla: ella está en otra parte: por eso nos dió la esperanza, que es la resignacion; por eso el que no tiene creencias no se resigna nunca, y por eso el mortal, al no encontrar aquí esa perpétua dicha, que no le es dado hallar, pone término á su existencia por medio del suicidio. El suicida es por tanto el hombre que no comprende la vida del mundo y que no cree en la del cielo.

Jesucristo N. S., que siempre ratificó su doctrina con su ejemplo, y cuyos admirables hechos fueron todos una enseñanza práctica de su predicacion, despues de sufrir como hombre todos los dolores, todas las angustias de hombre, quiso darnos en su Resurreccion gloriosa su última enseñanza viva. Resucitó para enseñarnos que la muerte no es mas que el principio de una nueva y eterna vida para los que en él creen, para los que practican sus santos preceptos, y tambien para los que, como el buen ladron, vierten en su hora postrera lágrimas de arrepentimiento por sus pecados; lágrimas que en todo tiempo acoje la misericordia divina, si ellas brotan de lo íntimo de los corazones.

De este modo la muerte es el emblema del pecado, como la Resurreccion es el emblema de la vida.

Y sin embargo, Jesucristo no habia cumplido aun de todo punto la mision que se impuso al descender á la tierra para abrir á los hombres las entonces cerradas puertas del cielo. Su Resurreccion era lo bastante para su gloria, es verdad, con ella se cumplieron las profecías que hablaron de su venida al mundo, y el nuevo Jonás habia salido al tercero dia del vientre de la ballena; pero quedábale que combatir la incredulidad, la dureza de corazon, la desconfianza en las divinas promesas, abrigadas hasta por aquellos que desde un principio le siguieron, que fueron testigos de sus obras, en cuyas almas parecia como que habian penetrado sus palabras. Alguno de sus discípulos no cedió de su incredulidad hasta ver y tocar con sus propias manos á su divino Maestro, hasta meter su propio dedo en las llagas de sus piés, de sus manos, de su costado. Entonces creyó, porque vió; pero esa no es la fe. «Dichosos, dijo el Señor, los que creen y no han visto.»

Tenemos pues aquí á la incredulidad encastillada en su viejo y absurdo sistema; tenémosla aquí negando todo cuanto no entra por sus pobres ojos, que en rigor nada ven. Dadme, nos dice ella en su insensato orgullo, que yo vea esos milagros que nos referís; vea yo al ciego con vista por la palabra de un hombre; vea yo sano al leproso, vea yo levantarse al muerto de su tumba, y entonces creeré.

¿Pero qué es lo que veriais con esos vuestros ojos carnales que siempre os engañan? ¿No veis todos los dias salir el sol y ocultarse? ¿No creeis sentir que bajo vuestros piés la tierra permanece inmóvil? Y sin embargo, ¿los que habeis estudiado la ciencia no estais persuadidos de que ese sol no se mueve, y de que la tierra os arrastra de contínuo en su doble movimiento? ¿Pues de qué os sirven entónces esos ojos, á que todo lo quereis fiar, si la conviccion interna, la conviccion científica, os prueban aquí lo contrario de lo que veis y de lo que sentis?

Pues bien; si eso os ha hecho conocer la limitada ciencia humana, á la que nosotros veneramos los primeros, ¿porqué dudais de la infinita ciencia divina? ¿Negais solo porque no comprendeis? Entonces no mireis con desden al ignorante vulgo, puesto que él no hace mas que lo que haceis vosotros; no cree en vuestra ciencia porque no la comprende, y esa es su sola razon.

Acatemos, pues, con humildad aquello para cuyo conocimiento no basta la limitada inteligencia humana, y tanto mas cuanto que el misterio de la Resurreccion del Señor, en la que está figurada la resurreccion del hombre en la otra vida, es un principio altamente consolador que ha arrojado Dios enmedio de los azares, de las vicisitudes, de los dolores de nuestra mísera existencia; es en suma la esperanza, fructífera semilla que la divina bondad hace germinar en todos los corazones. ¡Desgraciados de aquellos en los que esta semilla ha muerto ahogada por la duda, por la falta de creencias!

Graves, demasiado graves acaso para este periódico, podrán parecer las reflexiones con que hemos llenado el presente artículo, y tal vez no falte quien las tenga, ya que no por inconvenientes, al menos por inoportunas. No obstante, aquellas de nuestras amables lectoras que hayan visto el sentido artículo que á la desgracia que acabamos de experimentar ha consagrado en este periódico nuestro excelente amigo el Sr. D. Adolfo de Castro, no extrañarán que nuestro corazon, taladrado por un dolor tan acerbo, sea incapaz aun de experimentar otras sensaciones que aquellas que llevan el alma á la resignacion cristiana, á la esperanza de otra vida para el que terminó la breve suya sobre la tierra. Cuando el espíritu sufre, la pluma no puede menos que revelar el sufrimiento. Sea esta nuestra disculpa.

Concluimos pues ofreciendo este tributo de gratitud á nuestro distinguido amigo, no menos que á cuantas personas se han interesado cordialmente en nuestra pena. No permita el Señor de las misericordias que sobre ellas se vierta, cual se ha vertido largamente sobre nosotros, la copa de la amargura.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN AMARILLO DE PAJA: el borde de la enagua va guarnecido con un bullon de tafetan, y luego con tres volantes estrechos de encage blanco, sobre cada uno de los cuales corre un rizado escarolado de tafetan; una enagua de encage blanco cubre el trage, de modo que oculte por detrás el último volante: una cinta muy ancha de reps paja recoge la enagua en el lado derecho, y se pierde debajo de la punta del corpiño, encima de la enagua de encage; el corpiño, escotado, es de tafetan paja, con berta igual y lisa; las mangas, cortas, no dejan ver mas que un bullon de tul, medio cubierto por un encage blanco; dos largos bucles de cinta ancha de reps, acompañados de dos cabos muy prolongados, caen por detrás, y se colocan debajo de la punta del corpiño.

TRAGE DE POPELINA GRIS. — Lo bajo de la enagua se guarnece con un volante encañonado, y sobre él va un bordado de torzal negro de seda; el corpiño se compone de una chaqueta cerrada, larga, completamente ajustada al talle, con mangas muy estrechas; el borde de esta chaqueta, las mangas (borde inferior y sisa) y los delanteros, van adornados con un bordado análogo al de la enagua; cuello con puntas guarnecido con un encage muy estrecho; corbata azul con adornos de guipur negro; mangas interiores con puños rectos y lisos.

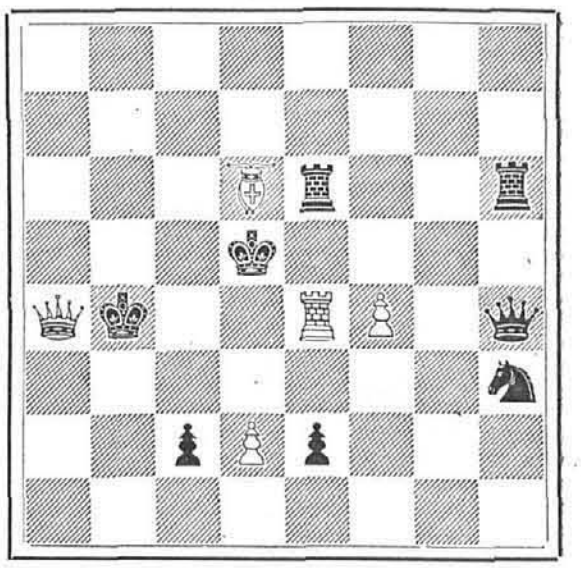
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 13.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª R.ª 4.ª Alfil Rey, jaque.	R. quita R.ª (la mejor).
2.ª Alfil 3.ª C. R. jaque.	R. quita Alfil.
3.ª Rey 3.ª Rey.	Cualquier cosa.
4.ª Caballo, mate.	

PROBLEMA N.º 14, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO ESPAÑOL.

Una grave enfermedad, que ha tenido á las puertas del sepulcro á nuestro Administrador de LA MODA en Madrid el Sr. D. Manuel Torrijos, ha sido causa de que el *Almanaque Enciclopédico Español*, redactado por el dicho señor, haya sufrido retraso en su publicacion.

Algo mejorado ya, tenemos el gusto de participar á nuestros lectores que este interesante libro se halla á la venta en las Administraciones principales de *La Moda Elegante Ilustrada*, al precio de 20 rs. ejemplar.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico su precio es 12 rs. fs. En Filipinas 14 y en las demás Américas 2 $.

Los pedidos acompañados de su importe, pueden dirigirse á nombre del Administrador de *La Moda* en Cádiz, calle de la Torre n. 6.

El referido Almanaque consta de un grueso volúmen en 4.º mayor, de unas 400 páginas de letra muy compacta, y se halla ilustrado con porcion de grabados de sumo interés; por lo cual recomendamos su adquisicion á toda clase de personas, seguros de que hallarán en él noticias de tanta importancia como utilidad.

Al iniciar la Empresa de *La Moda Elegante* la idea de la publicacion de esta útil cuanto curiosa obra, no fué solo su objeto concretarse á una edicion aislada de la misma, sino reproducirla anualmente, para cuyo efecto se enlazará su importe desde el año próximo venidero con el de la suscricion al periódico. Por este sencillo medio propónese conseguir que en un plazo breve llegue á convertirse dicho libro en uno de los mas populares así en España como en América. A la realizacion de semejante propósito se encaminarán desde hoy todos sus esfuerzos, sin arredrarla los obstáculos que se la presenten, estando como está acostumbrada á vencerlos, segun lo justifica harto palpablemente la reputacion que ha llegado á alcanzar *La Moda Elegante*.

POR LA EMPRESA,

El Administrador.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España